

RESEÑAS

HÉCTOR PÉREZ MARTÍNEZ, *Juárez (el imposible)*.—Buenos Aires-México, Espasa-Calpe Arg., 1945. 177 pp. (Colección Austral, vol. 531.)

No es fácil penetrar en la psicología, recomponer y coordinar años y actitudes de ciertos personajes. Las complejidades de carácter, aunque la trayectoria vital marque una sola línea recta; la turbulencia de los hechos que les sirvieron de marco o en que actuaron, y las discusiones apasionadas que su figura haya provocado, implican en el escritor que se les acerca en plan de biógrafo una cautela más ceñida de la que es común emplear.

Ninguna de tales dificultades detuvo a la madura voluntad de Héctor Pérez Martínez, cuando se apropió de la vida de Benito Juárez y trazó la presente biografía. Y realizó tarea bien ardua. En primer término, el esfuerzo que era preciso desplegar para obtener de nuestros libros de historia, de la correspondencia de Juárez y de otras diversas, una sucesión ordenada, cronológica, de los hechos de aquella existencia, hasta conseguir que la historia política del siglo XIX mexicano girase en torno suyo. (Es así, gracias a este rescate que trae a Juárez al primer plano, como Pérez Martínez infunde estremecimientos de vida a su personaje.) En seguida, ya con los documentos hacinados, que esperan bien dispuestos la mano creadora, ir acercando a éstos la luz de la comprensión, determinar qué resorte íntimo indujo a cierta actitud, qué circunstancia externa originó una reacción, qué vaivén de pensamientos dominó por instantes. Amorosa faena de laboratorio —repetida luego en su otra biografía de primer rango: *Cuaubtémoc*—, que coloca a Pérez Martínez en caminos de alta experiencia literaria.

Desde la escena inicial en que “la mañanita brinca sobre la sierra y rueda al plan y se tiñen los caminos de un azul gaseoso”, en tanto que un breve grupo de indígenas se dirige a Ixtlán para inscribir en la gracia del bautismo al minúsculo ídolo negro, hasta el día en que el experimentado Presidente de la República “se libra del contagio de esta lenta mancha del mundo” —para decirlo con Shelley—, las páginas de Juárez, *el impasible* son la sinfonía de un destino que entre ascenso y caída, entre tiniebla y claridad, cumple sus etapas.

El primer signo de ese destino se nos muestra evidente cuando, durante una de las reuniones pueblerinas en que los liberales de la localidad se preguntan entre sí por el hombre que restablezca en Oaxaca el orden para ellos normal, el animador de la reunión, enarbolando el haz anaranjado del quinqué, se dirige al último rincón de la estancia, donde Juárez se agazapa con el oído vigilante y el rostro impenetrable, y dice:

—Este que ven ustedes, reservado y grave, que parece inferior a nosotros, éste será un gran político, se levantará más alto que nosotros, llegará a ser uno de nuestros grandes hombres . . .

Y el aprendiz de Casandra acertó. Porque de allí a poco el biografiado ya anda moviéndose en polos a menudo opuestos a su deseo, pero ineludibles: un día de halago, otro de amargura. Hoy le vemos bien hallado en la calma burguesa del hogar; mañana, proscrito en Nueva Orleans, torciendo cigarrillos en compañía de negros esclavos. ¿Pero ello qué importa? La vida es una vorágine de dardos diminutos, los días. Por uno que acierta en el blanco, ¡cuántos quedan fallidos, vibrando temblorosos en la cercanía del objetivo!

Así es como Juárez se halla un buen día investido con la máxima jerarquía del poder nacional. Esta no es ninguna posición envidiable —al menos en la época. Antes y después de la exaltación, las facciones asuelan el país y hacen imposible la paz. Cada hora de la vida de México y cada palmo de su territorio son teatro de incontables ambiciones políticas. Véase este edificante fragmento del resumen institucional que ofrece Pérez Martínez, arrancando de 1821 a 1857, año en que Juárez empieza a dominar: “. . . El Vicepresidente de la República, general Anastasio Bustamante, se subleva en Jalapa contra Guerrero y sube al Ejecutivo José María González Bocanegra. No tiene tiempo de asumir el Poder. Una revuelta en la capital de la República pone en su vez a Pedro Vélez. Bustamante entra a México y desaloja a Vélez . . .” En caos semejante viven las instituciones del país, hasta 1857.

La presencia de Juárez en el puesto culminante no calma, ni mucho menos, la intranquilidad y el bullicio. Pero insensiblemente la Constitución, la norma que debe dirigir la vida bien orientada de los pueblos, va consiguiendo ver circundados sus estatutos con auras de respeto.

Resiste Juárez el rabioso descontento de los conservadores, traducido en guerra civil. Sus generales van allanando el camino como pueden, y saben disimular sus ansias de dominio, contagiados tal vez por la sumisión casi fanática del Presidente a la Ley.

Las angustiosas condiciones a que el país queda sometido durante el Imperio de Maximiliano de Habsburgo, logran concertar un tácito armisticio entre los bandos enemigos. Pero el odio de los conservadores, que aunque adormecido permanece latente, se acrecienta con el paso que Juárez, obligado por las circunstancias, dió: la prórroga de su mandato constitucional.

Apenas liquidada la desastrosa aventura de la realeza europea en México, toda la vida política del país toma el curso que entonces era normal: resistencia del que disfruta el poder para alejarse a tiempo, dialéctica sangrienta de los contrarios para persuadir sobre la voluntad del pueblo, anarquía. El 18 de julio de 1872, pisa Juárez el último escalón de la vida.

Pérez Martínez, desde el punto de vista literario, da rotunda prueba de sus capacidades para rehacer una vida — como luego, insistamos, en su enérgico retrato de *Cuauhtémoc*. Su convicción revolucionaria le permite enfocar a Juárez con la lente de la simpatía y el respeto. Y, sin embargo, esa predisposición espontánea no lo encadena a una interpretación obligadamente apologética. Hasta existen pasajes que, a simple vista, parecen compuestos con propósito de caricatura. Pero esto es, cuando mucho, mera habilidad psicológica y expresiva, que hace bien al extenso cuerpo del relato. Repásense tales episodios, hágase esfuerzo de memoria sobre movimientos y gestos anteriores del héroe, y se hallará la razón que el biógrafo tuvo al disponerlos.

Ciertamente pudo haber fallado Pérez Martínez en dar con la exacta equivalencia, en nuestra sensibilidad de criollos, de algunas situaciones interiores de un indígena neto como Juárez. Pero a cuantos reprochen tal circunstancia como un atentado, podría reponérseles que no existe otro camino que el de la hipótesis reflexiva y que en este caso nuestro autor anduvo cauto, hasta donde uno, que tampoco puede conocer el fondo último del alma indígena, se halle facultado para diagnosticar. Además, quien pretenda corregir con tono dogmático las interpretaciones del bió-

grafo, forzosamente tendrá que valerse de los mismos recursos empleados por éste, o reencarnar en alma y sangre zapotecas.

Pérez Martínez fija, con acierto de síntesis, esta definición de Juárez: "Fué un indio zapoteca, que vivió en castellano." Vivió así, porque era del mundo criollo de donde llegaban hasta él las conspiraciones, la oposición, el llamado a la lucha constante. Su papel de estadista, de encauzador de las libertades, de buen ciudadano —salvo, acaso, sus anti-legales actuaciones de los últimos tiempos—, dan la medida necesaria para conferirle el título de gran gobernante. Y es oportuno preguntarse si ese hombre, salido de los núcleos raciales que se hallan sojuzgados en el país, en caso de haber ejercido el poder en épocas menos turbulentas no habría tenido vocación y oportunidad para imponer nuevas direcciones a la cuestión indígena de México, mediante recursos de legislación, actividad y sobre todo de amor.

Acerca del punto antecedente, no debe olvidarse la pena de cárcel que sufrió en Oaxaca, en cuanto abrió su bufete, acusado de sublevar a los indios contra las autoridades. Había tomado por su cuenta la defensa de los vecinos del pueblo de Loricha, extorsionados por el párroco. Más tarde, apenas asume el interinato del gobierno local, pronuncia hondamente conmovido, ante la comitiva de indios de la sierra de Ixtlán que bajan a la ciudad a saludarle, estas palabras dirigidas indudablemente al conjunto de su raza:

—Soy hijo del pueblo, y no lo olvidaré: sostendré sus derechos, cuidaré que se ilustre, se engrandezca, se cree un porvenir y abandone la carrera del desorden, de los vicios, de la miseria.

Por último, cuando la orden de destierro dictada en su contra por Santa-Anna, hacia 1853, va a ser cumplida por los esbirros, éstos lo encuentran en Teococuilco, pueblo de indios, levantando información testimonial de un despojo. Prorrumpe la masa en airados clamores. Las bocas de los fusiles restauran el silencio. Pero la patética despedida de sus hermanos de sangre y los mudos y enternecidos homenajes que a su paso por los puntos de la sierra le son tributados, no deben haberse disuelto así como así en la memoria de Juárez.

No es difícil que en el designio de este hombre —para nosotros im-
 posible— haya bullido, paralelo al deseo de implantar la legalidad y el orden en el país (ya dijimos que su actuación última es un accidente que importa poco a lo esencial de su vida íntegra), un ardoroso deseo de iniciar la redención de sus gentes. Y en los apremios de solucionar los conflictos del mundo criollo, que absorbieron su atención y energía, de-

jando trunca la aspiración radical, ¿no podrá hallarse la clave de una sostenida tragedia interior, sabia y naturalmente disimulada?

El libro de Pérez Martínez, obra de fino escritor y biógrafo sagaz, entusiasta y ponderado a un mismo tiempo, da margen cumplido a estas y otras consideraciones sobre aquella gran figura del México en formación. Los rayos de dispersos reflectores convergen ahora en una sola y fuerte luz, a merced del generoso esfuerzo del autor, sobre el rostro y el alma de Juárez, el impasible a su pesar.

ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO

MIGUEL AMADO, *Precursores y rebeldes*.—Buenos Aires, Edit. Estoa, 1943.
144 pp.

El escritor panameño que firma este bello libro ha revelado ya su preparación en los estudios sociales. Ahora, en el presente volumen ágil y rico, nos amplía esa visión, con varios capítulos en que denota su vasta y fina cultura literaria. De los dieciocho capítulos que forman el libro, el lector puede solidarizarse con un sinfín de nobles conceptos, a la vez que valora el estilo dúctil y sobrio del autor.

Los ensayos dedicados a Leopardi, Ricardo Miró, Hegel, Virgilio, Víctor Hugo, Omar Khayyam y Lao-Tze, revelan la aguda captación de Miguel Amado frente a la creación literaria. Otros pasajes se refieren a Lenin, a Pío XI, a Simón Bolívar, a Descartes, a Robin Hood. Podría pensarse que la pluralidad de caracteres no armonizantes quitaría unidad al libro. Pero el autor ha logrado el bello triunfo de que su "manera" de enfocar los temas consiga esa unidad, dentro de una riqueza que tiene algo de caleidoscopio. Es una obra que se lee con placer y con provecho.

* * *

MEIRA DELMAR, *Sitio de amor*.—Barranquilla (Colombia), Editorial Mejoras, 1944. 60 pp.

Es éste el segundo libro de una poetisa cuyo nombre debe ser incluido en el coro lírico de América. Comentando su obra anterior (*Alba de olvido*, 1942), señalamos que a la corrección formal de las estrofas de Mei-